

- Sea, pero obremos.
- ¡ Obremos! eso es lo que quiero, pero...
- ¿ Qué ?
- Es preciso que antes podamos registrar libremente la casa y el parque en que el crimen, ó más bien los crímenes se han cometido.
- ¿ Hay posibilidad de hallar ese medio ?
- Sí.
- ¿ Á qué precio ?
- Á peso de oro.
- Os he dicho que soy inmensamente rico.
- Sí, general, pero eso no basta.
- ¿ Qué es pues necesario ?
- Un poco de audacia y mucha persistencia.
- Os he dicho que ofrecía mi fortuna, no sólo mi fortuna sino también mi brazo, no sólo mi brazo sino hasta mi vida, hasta llegar al objeto que nos proponemos.
- Pues bien, general, creo que entonces vamos á empezar á entendernos.
- Después mirando á su rededor, y notando que la luna caía de lleno sobre el sicomoro en que estaba apoyado, dijo :
- Venid á la sombra, general, porque vamos á hablar de cosas en que arriesgamos la vida, no sólo sobre el cadalso, sino en el rincón de una plaza ó en la esquina de una calle. Esta vez tenemos que burlar no sólo á la policía como conspiradores, sino á miserables como hombres de bien.
- Y Salvador arrastró efectivamente al general al sitio del bosque en que la sombra era más opaca.

## CAPÍTULO VII.

LO QUE SE PUEDE HACER Y LO QUE NO SE PUEDE HACER  
CON DINERO.

Dejó el general al joven el cuidado de dirigir una mirada investigadora en derredor, y tiempo para escuchar hasta el menor ruido que llegaba á sus oídos.

Después que le vió tranquilo :

— Hablad, le dijo.

— Y bien, general, dijo Salvador, es preciso por de pronto que nos hagamos dueños del parque y del castillo de Viry.

— Nada más fácil.

— ¿ Cómo ?

— Comprándolos.

— Desgraciadamente, general, no están de venta.

— Pues qué, ¿ hay algo que no se venda ?

— Justamente, general, esa casa y ese parque.

— ¿ Por qué ?

— Porque sirven de lugar de refugio, de retiro, de abrigo á un crimen casi tan monstruoso como éste cuya prueba buscamos.

— ¿ Entonces, esa casa está habitada ?

— Por un hombre poderoso.

— ¿ Como posición política ?

— No, como afiliación religiosa, lo cual es mucho más sólido y seguro.

— ¿ Y cómo se llama ese hombre ?

— El conde Loredán de Valgeneuse.

— Esperad, dijo el general apoyando la barba en la mano, yo conozco ese nombre.

— Nada más probable, en efecto, puesto que ese nombre es uno de los más conocidos de la aristocracia francesa.

— Pero si yo tengo buena memoria, dijo el general recordando, el marqués de Valgeneuse, el que yo he conocido, era un hombre honradísimo.

— ¡ Oh ! sí, sí ; el marqués, dijo Salvador, era el corazón más noble, el alma más leal que he conocido.

— ¡ Ah ! dijo el general, ¿ le habéis conocido también ?

— Sí, respondió sencillamente Salvador, pero no el de quien se trata.

— ¿ Será del conde entonces ? ¡ Ah ! no diré de éste lo que de su hermano.

Salvador calló, como si no quisiera formular opinión alguna sobre el conde de Valgeneuse

El general continuó :

— ¿ Qué ha sido del marqués ?

— Ha muerto, respondió Salvador bajando la cabeza dolorosamente.

— ¿ Ha muerto !

— Sí, general, de repente, de un ataque de apoplejía fulminante.

— ¿ Pero tenía un hijo... natural, creo ?

— Es cierto.

— ¿ Qué ha sido de ese hijo ?

— Ha muerto un año después de su padre.

— ¡ Muerto ! lo he conocido niño, así de alto, dijo el general bajando su mano al nivel de la hierba. ¡ Muerto ! y ¿ cómo ?

— Se ha levantado la tapa de los sesos, respondió lacónicamente Salvador.

— ¿ Algún gran dolor sin duda ?

— Probablemente, sí.

— ¿ Entonces es el hermano del marqués quien ha comprado el castillo y parque de Viry ?

— El hijo de ese hermano, el conde Loredán, quien no ha comprado, pero sí ha alquilado ese parque y ese castillo.

— Dios quiera que no se parezca á su padre.

— El padre es el genio del honor y de la probidad comparado con su hijo.

— No le aduléis, caballero, dijo el general. Otra gran casa que desaparece, dijo melancólicamente el general, y que va á hundirse en el polvo, ó lo que es aún peor en el lodo y en la vergüenza.

Después de un momento de silencio añadió el general :

— ¿ Y qué hace Mr. Loredán de Valgeneuse de una casa que en tanta estima tiene ?

— ¿ No os he dicho ya que la casa cobija un crimen ?

— Y bien ; hé ahí justamente por qué os pregunto qué es lo que hace Mr. de Valgeneuse de esa casa.

— Ha hecho de ella la prisión ó cárcel de una joven que ha robado.

— ¿ De una joven ?

— Sí, de una joven de diez y seis años.

— ¡ De una joven !... ¡ Diez y seis años !... Justamente la edad de la mía.

De pronto añadió :

— Pero puesto que conocéis el crimen, ó más bien al criminal, ¿ por qué no le denunciáis á la justicia ?

— Porque en tiempos como los en que vivimos, general,

hay crímenes sobre los cuales la justicia no sólo cierra los ojos, sino que toma bajo su protección á los criminales.

— ¡ Oh ! dijo el general, ¿ y la Francia no se subleva, no se rebela contra semejante estado de cosas ?

Salvador se sonrió.

— La Francia espera una ocasión, general.

— Se la busca cuando no existe.

— Nos reunimos con ese objeto.

— Volvamos á lo más urgente, porque la Francia no ha de rebelarse expresamente para salvar á Mr. Sarranti, á quien es preciso que yo salve. Veamos, ya que la casa no se vende, por qué medios pensáis haceros dueño de ella.

— Antes de nada, general, permitidme que os ponga al corriente de la situación actual.

— Escucho.

— Uno de mis amigos recogió hace ya cerca de nueve años á una niña perdida. La educó, y la niña, creciendo en edad y en belleza, llegó, á los diez y seis años. Iba á casarse con ella cuando fué violentamente robada del colegio en que habitaba en Versalles, y desapareció sin que se supiera dónde la habían ocultado. Ya os he referido cómo el azar me hizo encontrar, llevándome tras un crimen desconocido, el cadáver del niño con ayuda de mi perro. En tanto que estaba arrodillado delante de la fosa, en la que espantado había tocado con mis dedos los sedosos cabellos de la víctima, oí ruido de pasos, y vi acercarse una sombra vestida de blanco. Volvíme hacia ella y reconocí á la prometida de mi amigo, aquella que había sido robada y cuyo retiro se ignoraba. Abandoné la pista de un crimen para lanzarme á investigar otro. Me di á conocer y pregunté á la joven por qué se había callado y no había tratado de huir. Entonces me refirió que su raptor la ha-

bía amenazado, en caso de escribir, llamar ó huir, con una orden de prisión que había obtenido contra Justino.

— ¿ Quién es ese Justino ? preguntó el general con una viveza que probaba el interés que le inspiraba el relato de Salvador.

— Justino es mi amigo, es el prometido de la joven.

— ¿ Cómo habían podido procurarse una orden de prisión contra él ?

— Se le había imputado como crimen su buena acción. La joven perdida que había recogido, se le acusaba de haberla robado : su abnegación durante nueve años era una secuestración : el matrimonio que iba á verificar era una violencia. Se sospechaba que la joven pertenecía á una familia rica : el caso estaba previsto por el Código, que impone de tres á cinco años de galeras al que secuestra un menor, según la gravedad del caso : ya comprendéis, general, que hubieran hecho el caso lo más grave posible, y mi pobre amigo hubiera ido por cinco ó seis años á galeras por un crimen que no había cometido.

— ¡ Imposible, imposible ! exclamó el general.

— ¿ No ha sido condenado á muerte como ladrón y como asesino Mr. Sarranti ? respondió friamente Salvador.

El general inclinó la cabeza.

— ¡ Tiempos miserables ! exclamó ; ¡ tiempos de infamia !

— Era preciso pues esperar, y en este momento si dudo en perseguir las pruebas de la inocencia de Mr. Sarranti, es porque si llevo la justicia al castillo y al parque, el que amenaza creará que es un medio de quitarle su presa y se vengará á ciegas en Justino.

— Pero, al fin, ¿ se puede penetrar en ese parque ?

— Sin duda, puesto que yo he penetrado.

— Si vos habéis penetrado, cualquiera otro puede penetrar como vos.

— Justino viene de cuando en cuando á ver á su prometida.

— ¿Y permanecen los dos puros?

— Ambos creen en Dios, y son incapaces de una infamia.

— Sea; pero entonces, ¿por qué no la roba á su vez?

— ¿Y adónde la llevaría?

— Fuera de Francia.

Salvador se sonrió.

— ¿Suponéis al pobre Justino rico como á Mr. de Valgeneuse, señor general? Pero Justino es un pobre maestro de escuela que gana con gran trabajo cinco francos por día y que con esto mantiene á su madre y á su hermana.

— ¿Pero Justino no tiene amigos?

— Sí, tiene dos que darian gustosos por él la vida.

— ¿Cuáles?

— Mr. Muller y yo.

— ¿Y bien?

— Mr. Muller es un antiguo profesor de música, y yo un simple mandadero.

— Pero como jefe de venta, ¿no disponéis de sumas considerables?

— Tengo más de un millón.

— ¿Entonces?

— Ese millón no es mío, general, y vería al ser que más amo en el mundo morirse de hambre antes que para salvarla tocara á un solo dinero de ese millón.

El general tendió la mano á Salvador.

— Es justo, dijo éste.

Después añadió:

— Pongo cien mil francos á disposición de vuestro amigo. ¿Será bastante?

— Es el doble de lo que hace falta; pero...

— ¿Pero qué?

— Me detiene todavía un escrúpulo; un día á no dudar serán conocidos los parientes de la joven...

— ¿Y qué?

— ¿Si estos parientes fuesen nobles, ricos, poderosos, no podrán acriminar á Justino?

— ¿Acriminar al hombre que ha recogido la hija que abandonaron, al que ha cuidado de ella con el cariño de una madre, á quien la ha salvado del deshonor!... ¡Vamos!...

— Así que vos, general, si fuérais padre, si en vuestra ausencia vuestra hija hubiera corrido los peligros que corrió la prometida de Justino, ¿perdonaríais al hombre que lejos de vos hubiera dispuesto de la suerte de vuestra hija?

— No sólo le abriría mis brazos como al esposo de mi hija, sino que le bendeciría como á su salvador.

— Vamos, en ese caso, general, todo va bien, y si aun me quedara alguna duda, vuestras palabras la hubieran desvanecido. Dentro de ocho días Justino y su prometida se hallarán fuera de Francia, y tendremos libertad para visitar el castillo y parque de Viry.

El general dió algunos pasos fuera del bosque á fin de encontrar un rayo de luna.

Salvador le siguió.

Llegó á un sitio que creyó á propósito, el general sacó de su bolsillo una pequeña agenda, escribió en una de sus

páginas algunas palabras con lápiz, la rompió y alargándola á Salvador:

— Tomad, caballero, le dijo.

— ¿Qué es esto? preguntó Salvador.

— Lo que os ofrecí ahora poco: un bono de cien mil francos contra Mr. de Marande.

— Os he dicho que cincuenta mil francos bastaban, general.

— Me daréis la cuenta del resto: es preciso que un negocio de esta importancia no se vea paralizado por una bagatela.

Salvador se inclinó.

El general le miró un momento, después tendiéndole la mano le dijo:

— Vuestra mano, caballero.

Salvador estrechó vivamente y con cariño la mano que el general le alargaba.

— No os conozco más que hace una hora, Sr. Salvador, dijo el general con cierta emoción, ignoro quién sois; pero he visto mucho, mucho he observado y he vivido bastante: he estudiado rostros de todos tipos y de todos colores, y creo que conozco á los hombres: pues bien, Sr. Salvador, os lo digo, y esto no es más que una débil expresión de mi pensamiento, sois para mí uno de los hombres más simpáticos que he conocido.

Y este era en efecto, creemos ya haberlo dicho, el efecto que producía el bello y leal joven en todos cuantos á él se acercaban: á primera vista sentíase uno atraído, arrastrado hacia él invenciblemente; ejercía una especie de fascinación, y la conciencia, tomando figura humana, no hubiera podido elegir rostro más dulce y expresivo que el de Salvador.

Estrecháronse segunda vez las manos, é internándose en la calle de sicomoros, ganaron la cueva por la cual una hora antes habian ya salido los otros diez y nueve conjurados.

FIN DEL TOMO SEXTO.